

EL ESQUELETO SEXUADO: REFLEXIONES EN TORNO A LA POTENCIA EN EL HUESO.

Eskeloto sexuatua: hezurrean dagoen potentziari buruzko hausnarketak.

Sexing the skeleton: Considerations about the power within the bone.

Antonio Higuero Pliego (*)

Resumen

El cuerpo no es solo un conjunto de vísceras, órganos y sistemas, también es receptor y a su vez (re) productor de una serie de discursos (sociales, científicos, legales...) acerca de sí mismo. De la misma manera el esqueleto, como parte de ese cuerpo, tampoco tiene escapatoria ni de la naturaleza ni de los discursos, esa falsa dicotomía. De toda la serie de análisis que se pueden realizar sobre un esqueleto, posiblemente la estimación de la categoría de *sexo biológico* de un individuo sea la más básica y, junto a la estimación de la edad, las más necesarias para el desarrollo de la disciplina osteológica. Asimismo, dicha estimación tiene un gran impacto posterior a la hora de determinar la demografía de una población e incluso en el diagnóstico diferencial en Paleopatología, y eso solo cuando nos referimos a aspectos más corporales. El esqueleto también es usado para inferir comportamientos y dinámicas sociales, económicas y políticas. El *sexo biológico* es, además, la base de la “matriz heterosexual” por la cual se interpretan tanto el género como la identidad sexual de la persona. El esqueleto es, en definitiva, la irreductibilidad epistemológica de nuestra disciplina. A lo largo de este artículo se expondrán la dificultades y sesgos tanto para definir el cuerpo/esqueleto como para definir el concepto de *sexo biológico*, pasando por los diversos modelos históricos, el *bodyscape* médico occidental presente desde la Ilustración, hasta ser alcanzados por la contemporaneidad del ADN, la cual no deja de suponer otro modelo de “hacer el sexo”, así como iniciar la genetización de diversas identidades.

Palabras Clave

Osteología, Cuerpo, Sexo, Género, Transfeminismo, ADN.

Laburpena

Gorputza ez da errai, organo eta sistema multzo bat soilik, bere buruaren inguruko diskurtso batzuen (sozialak, zientifikoak, legezkoak...) hartzailea eta, era berean, sortzailea ere bada. Halaber, eskeletoak, gorputz horren zati den aldetik, ez du ez naturatik ez hitzaldietatik ihesbiderik, dikotomia faltu hori. Hezurdura bati egin datzaizkioken analisi guztietatik, indibiduo baten *sexu biologikoaren* kategoriaren estimazioa izango da ziurrenik oinarritzkoena eta, adinaren balioespenarekin batera, diziplina osteologikoa garatzeko beharrezkoena. Estimazio horrek, orobat, eragin handia du populazio baten demografia zehazteko orduan, baita Paleopatologiako diagnostiko diferentzian ere, eta hori soilik gorputzarekin lotura gehiago duten alderdiei buruz ari garenean. Portaera

(*) Antonio Higuero Pliego. Grupo de investigación SCOPE, Universidad de Cantabria. higuero.antonio@gmail.com

eta dinamika sozial, ekonomiko eta politikoak ondorioztatzeko ere erabiltzen da eskeletoa. *Sexu biologikoa*, gainera, “matrize heterosexualaren” oinarria da, zeinaren bidez pertsonaren bai generoa bai identitate sexuala interpretatzen baitiren. Hitz batez, hezurdura gure diziplinaren menperaezintasun epistemologikoa da. Artikulu honetan zehar, gorputza/eskeletoa zein *sexu biologikoaren* kontzeptua definitzeko zailtasunak eta alborapenak azalduko dira, hainbat eredu historikoetatik pasatuz, ilustraziotik presente dagoen mendebaldeko *bodyscape* medikoa, DNA-ren garaikidetasunak heldu arte; izan ere, DNA-a “sexua egiteko” beste eredu bat gehiago da eta, era berean, zenbait identitatereen genetizazioa hasten du.

Hitza-gakoak

Osteologia, Gorputza, Sexua, Generoa, Transfeminismoa, DNA.

Abstract

The body is not just a group of viscera, organs and systems, it is also the receiver and, at the same time, the (re)producer of several discourses (social, scientific, legal...) about itself. The same way the skeleton, as part of the body, does not have any scape neither of the nature nor of the discourses, that false dichotomy. Of all the analysis applied on a skeleton, the *biological sex assessment* of an individual is probably the first done and, together with the estimation of age, the most necessary in the development of the osteological discipline. Also, this assessment has further impact in posterior analysis such as the study of the demography of a population, or the differential diagnosis in Palaeopathology, and that is only talking about the most bodily aspects. The skeleton is also used to infer human behaviours and social, economic and political dynamics. The biological sex is the base of the “heterosexual matrix”, by which the gender as well as the sexual identity of a person are interpreted. The skeleton is, in conclusion, the epistemological irreducibility of our discipline. This article will expose the difficulties and bias in defining the body/skeleton, as well as in defining the concept of biological sex, going through the different historical models, from the occidental biomedical bodyscape developed since the Age of Enlightenment, until reaching our days and the contemporaneity of the DNA, the newest way of “construct the sex” and the beginning of the genetization of several identities.

Keywords

Osteology, Body, Sex, Gender, Transfeminism, DNA.

1. Introducción

El objetivo del presente trabajo es lanzar una reflexión acerca de la categoría y la estimación del sexo en restos humanos, quizás el primero de todos los análisis osteológicos que se realizan sobre un esqueleto, y de los más importantes debido a sus posteriores repercusiones en el desarrollo tanto de la propia disciplina como por su relación con otras. Sin embargo, y motivado en gran parte por la mecánica académica actual, tanto en su vertiente investigadora, acoplada a una exigente maquinaria de publicación, como en su parte docente, más preocupada en proveer a los estudiantes de un conocimiento totalmente utilitario, nula o poca crítica se realiza por parte de quienes realizamos estos estudios sobre el origen y el contexto en el que estas metodologías se desarrollaron. Es más, pocas preguntas se hacen sobre qué es el cuerpo y cuál es su importancia discursiva, más allá de su inminente potencia fisiológica y anatómica.

El cuerpo al cual el texto se refiere es el humano, compuesto por células y tejidos, que forman órganos, que a su vez forman sistemas, que interactúan entre sí a través de la homeostasis para mantener y reproducir a un organismo vivo. Pero quedarse ahí, y al refugio de discursos esencialistas y cientifistas, es negar las relaciones históricas, sociales y políticas que cada cultura ha establecido con el cuerpo. Desde los ideales griegos de belleza que fueron recuperados en el Renacimiento (CAMPBELL, 2003), el impacto de la filosofía cartesiana que separó cuerpo y alma (dándole mayor importancia a esta última y negando a los sentidos la capacidad de proporcionar a los seres humanos de conocimiento *verdadero*) (DAMÁSIO, 1994), pasando por los principios platónicos, judeocristianos e islámicos de que “el cuerpo es la prisión del alma” (GARCÍA-BARO y ECHEGOYEN, 2000) y su opuesto enunciado por Foucault de “el alma es la prisión del cuerpo” (HORROCKS y JEVTIC, 2009), o los estudios (trans)feministas acerca de qué cuerpos se representan y cómo (NEAD, 1998). Ejemplos de los discursos en torno al cuerpo los encontramos incluso en la cultura más popular, como pueden ser los estándares de belleza.

Es cierto que existe una relación recíproca entre el cuerpo y su apariencia, y las estructuras de pensamiento que dan coherencia y ordenan cada cultura (MORAGÓN, 2008). Así el cuerpo es un aspecto más dentro de las estructuras de significación de cada cultura y un agente activo que cambia con la misma (MORAGÓN, 2008). No es lo mismo, por poner un ejemplo, el cuerpo definido por el binarismo masculino-femenino de la bibliografía médica griego-latina, que luego pasó al mundo medieval, renacentista y moderno, que el cuerpo entendido por las distintas culturas precolombinas. Los conceptos corporales varían histórica y geográficamente, como se observará más adelante. Y este cuerpo es también el esqueleto dejado atrás por las gentes del pasado, extendido a los rituales, el ajuar y los modos de disposición del mismo (enterramiento, cremación, etc.).

Como bien indica esta autora, el interés de las ciencias sociales por el cuerpo ha ido en aumento durante las últimas décadas, desde Marcel Mauss y su trabajo “*Les Techniques du corps*” (1911 [1935]), hasta los actuales conceptos de corporalidad, donde se defiende la igualdad entre los componentes cartesianos de mente (superior) y cuerpo (inferior) y la importancia de ambos en la percepción e interpretación de la realidad, y el heideggeriano “estar en el mundo”, aunando la experiencia y existencia que inciden sobre los cuerpos (MORAGÓN, 2008). Sin embargo, el acercamiento de la Arqueología al cuerpo no ha sido ni es fácil, ya que no podemos escapar del cuerpo que somos, lo cual convierte al sujeto del presente en protagonista del pasado (HERNANDO, 1999). Somos a la vez sujeto y objeto de nuestros estudios. Por eso ni el racionalismo y objetivismo procesual, ni la subjetividad y fenomenología post-procesuales han logrado resolver este conflicto, ya que realmente han lanzado una visión contemporánea al pasado para analizarlo, obviando las diferencias culturales, temporales y espaciales que nos separan de las sociedades que estudiamos. Debemos de reconocer que todo trabajo arqueológico y de interpretación del pasado es un ejercicio de traducción para comprenderlo.

Pero, si al estudiar el pasado, inevitablemente estamos proyectando nuestra contemporaneidad

dad, ¿cómo se conceptualiza el cuerpo hoy en día en la cultura occidental que es la que determina la universalidad de los conocimientos académicos? No solo en la disciplina arqueológica y osteológica, en la cual el cuerpo es la irreductibilidad epistemológica con la cual se trabaja, todos los otros análisis (sexo, edad, patologías, demografía...) parten del cuerpo, sin él no pueden realizarse. En este punto es indispensable incluir el concepto de *bodyscape* en la discusión, el cual será de gran ayuda a la hora de explicar cómo entendemos social y culturalmente hoy el cuerpo.

2. El concepto de *bodyscape*

El término de *bodyscape* fue usado por primera vez por Nicholas Mirzoeff para describir la expresión del cuerpo perfecto en el arte occidental, y se define como “la expresión de la creencia en la forma perfecta del cuerpo humano que el arte promueve” (MIRZOEFF, 1995; traducción de HIGUERO, 2015). Un claro ejemplo sería el *Hombre de Vitruvio* de Leonardo Da Vinci. Además de mostrar representaciones idealizadas de un cuerpo, estos *bodyscapes* no se forman a partir de un todo, sino que proceden de fragmentos reunidos de varios modelos de identidad, con la consecuente problemática que las representaciones idealizadas y fragmentadas tienden a esencializar las diferencias corporales, especialmente las relativas a la raza y al género (MIRZOEFF, 1995). Así, a través de estos procesos de idealización, fragmentación y reducción de ciertos significados corporales, un *bodyscape* deja de ser una abstracción para tener un impacto en el cuerpo físico produciendo y sosteniendo normas culturales y creencias excluyentes como el racismo, la lgtbifobia y el sexismo (GELLER, 2009).

Estos *bodyscapes* están históricamente situados, se construyen cultural y políticamente, y son cambiantes, estando sujetos a los diferentes movimientos culturales (y globales) (GELLER, 2009). Con lo cual las representaciones que promueven se sitúan dentro de constantes y continuos procesos de construcción, negociación y deconstrucción, no son simplemente el reflejo del pasado (APPADURAI, 1990; BLACKMORE, 2011). Las ins-

tituciones que conciben y creen en un “cuerpo perfecto”, están directamente relacionadas con el concepto del *bodyscape*, ya sea la ciencia (específicamente la Biología y la Medicina), cualquier disciplina deportiva (los somatotipos entre diferentes deportes varían), la Educación o incluso el Ejército (GELLER, 2009). Un caso reciente es la campaña publicitaria de la marca Calvin Klein en junio de 2020, el mes del Orgullo LGBTI, cuya protagonista principal fue Jari Jones, una mujer negra, transgénero, lesbiana, no delgada y activista. Incluso la marca ha suscitado críticas de querer aprovecharse del actual empuje del movimiento *Black Lives Matter* en Estados Unidos y de mercantilizar diversas identidades. Sin embargo, a pesar del componente social del cuerpo que se está presentando, este concepto también invita a pensar en el propio cuerpo como un espacio (*landscape*) compuesto por diferencias individuales explorables a diferentes niveles: desde todo el cuerpo, pasando por un órgano, además potencialmente transferible a otro individuo gracias a los avances biomédicos, hasta la secuencia distintiva de un gen (GELLER, 2009).

En nuestra sociedad occidental contemporánea, el *bodyscape* biomédico es el que predomina no solo en las disciplinas científicas, sino que además su influencia se ve reflejada en otros aspectos sociales y cotidianos. El cuerpo femenino es un claro ejemplo sobre el que operan estos procesos: mientras que en el arte se le estetiza, en la ciencia se le disecciona, fragmenta y desexualiza (LUTZ y COLLINS, 1993). Así, según argumentan ambas autoras, imágenes aparentemente objetivas, como las de *National Geographic* que usan de ejemplo, realmente informan más acerca de la visión que las sociedades occidentales tienen sobre la feminidad, la sexualidad, las normas e interacciones sociales de las sociedades no occidentales que sobre estas mismas (LUTZ y COLLINS, 1993).

Los principales mensajes del *bodyscape* biomédico producidos acerca del sexo (y el género) son principalmente tres:

-Primero, el cuerpo masculino ha sido y es el cuerpo estándar, ya desde Aristóteles y Galeno (LAQUEUR, 1990).

-Segundo, el sexo es dicotómico, inmutable e intercambiable con el género (GELLER, 2005). Este enunciado ha permitido patologizar todo lo que se considerase como una desviación de la norma, como la intersexualidad, lo trans y la homosexualidad. Sin embargo, y gracias tanto a estudios etnográficos y arqueológicos, sabemos que existen y existieron sociedades que no se rigen por la misma dicotomía de sexo/género, reconociendo más categorías. Lo mismo ocurre con los avances científico-técnicos y biomédicos, que desde hace décadas han permitido romper dicha inmutabilidad. Así también la existencia de personas trans e intersexuales son ejemplos de resistencia a esta norma.

-Y, finalmente, el tercero es que el cuerpo femenino es inevitablemente fragmentado por la práctica y el discurso científico, centrando la atención y la diferencia en las partes y órganos con potencia reproductora (MARTIN, 2001). De esta manera se implica que un cuerpo femenino ideal y normal es aquel que es reproductor (MARTIN, 2001).

Es este *bodyscape* biomédico y hegemónico el aplicado a los estudios sobre restos óseos humanos, conduciendo a unas reconstrucciones del pasado y de las identidades personales y sociales, así como de las interacciones entre individuos, muy simplificadas y heteronormadas, destemporalizando el pasado en sí. La destemporalización tiene lugar cuando “los analistas se mueven del presente al pasado (y vuelta después) sin tener en cuenta las diferencias corporales que poseen un significado en una configuración ambiental, histórica y socioeconómica específica. Consecuentemente, se presentan ciertos comportamientos sociales e interacciones como fruto de la naturaleza humana. Inspeccionándolo más detenidamente, podemos encontrar que muchos argumentos sobre esa “naturaleza humana” están reiterando valores culturales de la sociedad occidental contemporánea.” (GELLER, 2009; traducido en HIGUERO, 2015). Entre estos argumentos

encontramos que el cuerpo debe ser claramente dimórfico (hombre o mujer), y que la biología sea destino. Sobre la destemporalización se volverá más adelante.

Uno de los más claros ejemplos donde actúa este *bodyscape* es en los libros de anatomía, especialmente los libros de anatomía osteológica. Estos manuales suponen la introducción del alumnado a este tipo de estudios, sociabilizándolos además como analistas e investigadores (GELLER, 2009). En los manuales se presentan cuerpos estandarizados y universales, simplificando la variabilidad humana, e incluso presentando el sexo como dimórfico de manera estricta, a pesar de las advertencias de variación en todas las posibles variables a lo largo de un conjunto (WHITE y FOLKENS, 2005). Todos los huesos que se presentan pertenecen a un varón blanco, y solamente se recurre a esqueletos femeninos cuando es necesario hablar del dimorfismo sexual de pelvis y cráneo. El tema de la raza es crucial también, ya que a pesar de que las personas blancas sean una minoría a nivel numérico y no debieran ser las representativas, no es posible obviar el privilegio blanco detentado a todos los niveles, incluido el epistemológico. De ahí la importancia de los atlas dermatológicos con el fin de identificar diferentes condiciones en pieles más oscuras, de los cuales existen nuevas publicaciones hoy en día (MOIIN, 2020).

3. Breve historia del sexo

La distinción entre el sexo (lo natural) y el género (lo social) fue uno de los grandes avances conceptuales de la Segunda Ola del Feminismo, permitiendo un mayor desarrollo epistemológico del mismo y sobre las discusiones en torno al género (MOORE, 1988; MORGEN, 1989), aunque desde los comienzos del Feminismo se desafía la idea de que el sexo, que después se convierte en el género durante la Segunda Ola, sea natural (DE BEAUVOIR, 1949). Sin embargo, el concepto de género apareció con anterioridad en otros campos como el de la psiquiatría, sexología o pediatría (MONEY, 1986). El entendimiento acerca de estos dos conceptos, sexo y género ha avanzado

enormemente en las últimas tres décadas, con la aparición de la llamada Tercera Ola del Feminismo (BUTLER, 1990, 1993), la cual los ha desestabilizado, expandido y complicado al discutir que el concepto de mujer (y de hombre) sea una identidad estable y unificada, lo cual podría perpetuar los mismos roles de género que intenta combatir (BUTLER, 1990; 1993; LAQUEUR, 1990; FAUSTO-STERLING, 2000). De hecho es llamativo como el trabajo con restos humanos se ha desenganchado de las teorías críticas de las últimas décadas, quedándose (con suerte) en el Feminismo de Segunda Ola.

Uno de los trabajos pioneros fue el libro de Thomas Laqueur (1990), *Making Sex*, en el cual, a través de textos médicos históricos, con sus imágenes y palabras, sostiene que el modelo de un solo sexo, o modelo de sexo único, fue el modelo corporal dominante desde los periodos grecorromanos hasta la Ilustración. Este modelo asumía que el cuerpo masculino, era el estándar y el perfecto, siendo el cuerpo femenino una versión incompleta e imperfecta del mismo (LAQUEUR, 1990). Por ejemplo, en época medieval y durante la Ilustración, el sexo era cambiante y contingente dependiendo de los humores corporales (LAQUEUR, 1990), siguiendo el modelo aristotélico de que las mujeres eran más frías y débiles que los hombres, y carecían del calor para purificar su alma (SCHIEBINGER, 1987). Con posterioridad, más autores han añadido datos al trabajo de Laqueur e incluso lo han discutido, como Cadden (1993), quién indicó que ya con anterioridad al siglo XVIII existían numerosos modelos y entendimientos acerca del sexo, como el de Vesalio (SCHIEBINGER, 1987). Estos modelos competían entre sí, dependiendo de su origen en contextos científicos, políticos, religiosos o filosóficos, como ocurría en el caso del útero durante la Edad Media. Si bien el trabajo de Laqueur puede estar ya un poco desfasado, demuestra que el sexo no debe aceptarse como una esencia biológica pre-social e inmutable, sino construida socialmente, y cómo la Ilustración supone el momento en el que desarrolla el modelo de sexo dual, por el cual existen dos sexos de manera complementaria (LAQUEUR, 1990).

Es durante el siglo XVIII cuando los anatomistas empiezan a representar el cuerpo femenino en los manuales de anatomía, descubriendo, describiendo y definiendo diferencias sexuales en cada hueso, nervio, músculo y vena, tal y como indica Schiebinger (1987). Y el esqueleto no quedó fuera de este proceso, como revelan tanto los documentos médicos como las ilustraciones que los acompañan, procedentes de Alemania, Francia e Inglaterra entre 1730 y 1790, si bien ya desde el siglo XIV los cuerpos femeninos eran diseccionados (SCHIEBINGER, 1987). En el mismo trabajo, la autora muestra como esta casi fascinación por el esqueleto femenino formó parte de un proyecto mayor, acorde con los desarrollos y creencias sociopolíticas de la época, más que como un trabajo meramente científico y “objetivo”. El hecho de que las ilustraciones mostraran pelvis más robustas y mayores en proporción al resto del esqueleto, el cual parecía así más grácil, *construyó* el hecho “natural” que predisponía a las mujeres a las actividades de reproducción, tanto de procreación como de cuidados infantiles, además de hacerlas físicamente más débiles e inclinadas al trabajo doméstico (SCHIEBINGER, 1987). El cráneo fue el otro elemento con importancia en estas ilustraciones, donde eran representados proporcionalmente de menor tamaño con el resto del cuerpo en el esqueleto femenino, lo que hacía que, al compararlo con cuerpos y esqueletos masculinos, estos últimos mostrasen un cráneo proporcionalmente mayor, indicando así una mayor capacidad intelectual (SCHIEBINGER, 1987). Ya para el siglo XIX, el discurso científico de que la mujer era intelectualmente inferior al hombre y cuya única función era procrear estaba totalmente aceptado (SCHIEBINGER, 1987). Si bien hay que informar de anatomistas, tanto hombres como mujeres, que durante estos periodos hablaron de la igualdad entre sexos, como fueron Lotichium, Poullain de la Barre y Astell (SCHIEBINGER, 1987).

Antes de continuar con este desarrollo histórico, y aunque escape al objetivo del presente artículo, se debe mencionar una vez más, quién hace (la) ciencia. Durante el siglo XVII, el descubrimiento del esqueleto femenino y las funciones que se le asignaron fue un proceso llevado a cabo por

científicos hombres que, amparados posteriormente por la filosofía natural de Kant, Rousseau y Locke buscaban en la naturaleza las bases de la organización social (SCHIEBINGER, 1987). Fue en este contexto donde se pregonaron derechos civiles cuyos fines eran la dignidad y razón naturales *del hombre*. Obviamente, había mujeres pidiendo sus derechos civiles, como bien ilustra la *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana* de Olympe de Gouges (1986 [1791]). Desde entonces se creó un bucle argumentativo entre naturaleza y cultura con el fin de perpetuar la opresión de la mujer, sobre todo con una gran importancia en el incipiente sistema capitalista, con un claro fin reproductivo (FEDERICI, 2004), donde el crecimiento poblacional jugó un papel importante. Si las diferencias sociales eran reflejo de las diferencias naturales, existía una razón para negar derechos civiles (SCHIEBINGER, 1987). Pero, aparte de hombres y burgueses, aquellos que creaban y desarrollaban el conocimiento durante esa época también eran blancos, y los mismos argumentos sobre la dignidad y razón naturales del hombre se usaron única y exclusivamente para aplicarse al hombre blanco, el cual era la medida de todo, como evidenció el trato que recibieron los independentistas haitianos, que eran negros y liberales, y luego demostró Gould (1981). Este autor muestra los sesgos raciales en los métodos craneométricos y de capacidad craneal llevado a cabo por importantes autores de la Antropología del siglo XIX, como Morton, Agassiz y Broca (GOULD, 1981). Estos sesgos tuvieron un claro efecto a la hora de representar a las otras denominadas razas como intelectualmente inferiores, justificando de esta manera el colonialismo y esclavitud de otros grupos humanos (GOULD, 1981). De hecho, existía una estrecha relación entre raza y sexo, evidenciándose a través de la racialización de los cráneos femeninos, y de la feminización de los cráneos procedentes de individuos masculinos no blancos (AHMED, 2002), indicando algunos autores que cuanto más inferior era una raza, más difícil era la estimación del sexo a través del cráneo en la misma (GELLER, 2017). Además, estos estudios también se usaron con el fin de criminalizar a las clases trabajadoras y personas en situaciones vulnerables (GOULD, 1981).

La pelvis y el cráneo siguen siendo hoy en día los métodos más utilizados a la hora de estimar el sexo biológico de un esqueleto, sobre todo la pelvis, por su diseño en el cuerpo femenino para facilitar el nacimiento de nuevos individuos con un gran cerebro (BUKSTRA y UBELAKER, 1994). Sin embargo, no se debe olvidar ni la genealogía de estos métodos ni que hasta los años 70, la craneometría y la capacidad craneal seguían usándose para establecer relaciones directas con la inteligencia de un individuo y justificar ciertas opresiones (GELLER, 2008).

4. La estimación del sexo y sus límites

Antes de tratar el tema de los análisis genéticos, los cuales representan la próxima y futura manera de construir el sexo, hay que tratar la estimación del sexo en esqueletos aunque sea brevemente, debido a la contemporaneidad de los métodos que hoy usamos y con los cuales estamos familiarizados.

La variabilidad que se observa en ciertas regiones tanto de la pelvis como del cráneo se clasifican en cinco categorías, ordenadas numéricamente y representando un continuo, desde el 1 (mujer), pasando por el 2 (probablemente mujer), el 3 (ambiguo o indefinido), el 4 (probablemente varón), hasta el 5 (varón) (WHITE y FOLKENS, 2005). Esta técnica de clasificar la variabilidad morfológica supone una herramienta heurística muy útil y usada debido al gran número de factores biológicos, de comportamiento (disposición del cuerpo de la persona fallecida, método de enterramiento, objetos y cuerpos que lo rodean), o tafonómicos que pueden afectar a la conservación del esqueleto (GELLER, 2005). Además, existen momentos específicos del ciclo vital de cada individuo, como pueden ser los restos óseos procedentes de individuos infantiles, donde los huesos que forman tanto el cráneo como la pelvis aún no están fusionados (WHITE y FOLKENS, 2005), o en el caso de las mujeres que ya hayan pasado la menopausia, cuando se produce un robustecimiento del cráneo debido a los cambios hormonales asociados a dicho proceso, como la disminución de estrógenos (HIGUERO, 2015).

En Bioarqueología, en general, las diferencias sexuales se conciben de tres maneras: la primera basada en la anatomía, como pueden ser la genitalidad, capacidad reproductiva o diferencias en la pelvis; la segunda en rasgos genéticos y fenotípicos, y finalmente como categorizable en opuestos binarios (mujer - hombre), donde el individuo “ambiguo” se relaciona o bien con el grado de confianza del investigador respecto a los restos o con su estado de conservación (GELLER, 2005, 2009). Claseen (1992) proporciona un buen ejemplo acerca de lo social que existe en los juicios socioculturales que intervienen al asignar un sexo u otro a un esqueleto: “Una persona puede decir que el 60% de los rasgos son femeninos, el 40% restantes son masculinos, y yo voy a etiquetar este cuerpo como femenino” (traducción en HIGUERO, 2015). Cada año se publica una gran cantidad de artículos relacionados con el dimorfismo sexual, de modo que no queda ya casi ninguna región anatómica en la cual no se haya buscado diferencias entre los sexos (HIGUERO, 2015); sin embargo, las nuevas metodologías, como la morfometría geométrica, siguen la estela de investigación sociocultural común.

Aquí merece especial atención la intersexualidad y el activismo llevado a cabo por las personas de dicha comunidad. La RAE, con sus propias limitaciones, define la intersexualidad como la “cualidad por la que el individuo muestra, en grados variables, caracteres sexuales de ambos sexos”. Históricamente las personas intersexuales han sido denominadas hermafroditas verdaderos, cuando presentaban un testículo y un ovario, o un ovotestículo, o pseudohermafroditas cuando presentaban ovarios o testículos combinados con otros caracteres del sexo opuesto (DREGGER, 1998). Sin embargo, la comunidad intersex de hoy reniega de estas denominaciones.

La clasificación más actual, de Conte y Grumbach (1989), divide la intersexualidad en cuatro grupos: los desórdenes de diferenciación gonadal (el anteriormente hermafroditismo verdadero), el pseudohermafroditismo femenino (genotipo XX y masculinización de ciertos rasgos), el pseudohermafroditismo masculino (genotipo XY y cuerpos feminizados), y finalmente otras for-

mas no clasificadas de desarrollo sexual anormal como alteraciones en el metabolismo de la testosterona, como la insensibilidad. En *Sexing the Body*, Fausto-Sterling (2000), la autora da una estimación de un 1,73% de personas intersexuales, lo cual podría argumentarse que no les haría muy comunes. Sin embargo, en el territorio español, con 46,87 millones de habitantes, esto supondría más de 810.000 personas que presentarían cualquiera de estas características. Las personas intersexuales son una realidad, biológica además, las cuales han sido durante años señaladas como patológicas y sometidas a operaciones quirúrgicas y terapias hormonales muy agresivas, y cuyos efectos en sus cuerpos y mentes se están reconociendo recientemente (WEIL, 2006).

Los activistas intersex se resisten a la noción de que cada cuerpo tiene una verdad innegable acerca del sexo, la cual tenga que ser tratada por ningún profesional médico (BUTLER, 2004). Estos profesionales médicos además pueden anunciar el sexo de un feto bastante temprano, a las once semanas de vida, y ya la simple enunciación de “Es un niño/una niña” es un acto performativo, creando lo que nombra (BUTLER, 1993), y permitiendo a los progenitores asignar el género al feto (MITCHELL y GEORGES, 1997). Esto además entrelaza los conceptos de género y sexo, naturalizando fenómenos atribuibles a la socialización del individuo (BUTLER, 2004).

En el registro arqueológico, los individuos intersexuales son muy complicados de identificar ya que los tejidos blandos no se conservan. Sin embargo, la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia, y las propias manifestaciones de algunas condiciones intersexuales o bien no se manifiestan en el esqueleto, o no son patognomónicas de tal condición. El síndrome de Turner se caracteriza por la ausencia parcial o total de un cromosoma X en mujeres, presentando así baja estatura, artritis, osteoporosis, o escoliosis (KELLY, 2013). El síndrome de Klinefelter afecta a hombres con un cromosoma X de más (XXY), los cuales presentan una musculatura poco desarrollada, altura elevada en edad adulta, cáncer de pecho, osteoporosis o alteraciones dentales (ODOM, 2009). El síndrome de insensibilidad an-

drogénica se da en individuos XY con resistencia a la acción de la testosterona, siendo los estrógenos la única hormona sexual con efecto en su cuerpo, desarrollando así un cuerpo leído como femenino, con mamas y vagina, pero testículos internos en lugar de ovarios y sin útero (HUGHES y DEEB, 2006). Todos estos signos no son patognómicos de ninguna condición intersexual: ni la estatura, ni la artrosis ni la osteoporosis, presentes en personas maduras, ni la escoliosis... Además, otras características tales como genitales subdesarrollados, niveles hormonales u órganos internos, como ya se comentó, no se conservan en el registro arqueológico, volviendo invisibles a estos individuos. Sin embargo, y como realizada biológica, su existencia debe ser respetada y tenida en cuenta, aunque no contemos con las herramientas analíticas adecuadas aún.

5. Genetización de las identidades: La última frontera

Finalmente, llegamos al último paso dentro de la construcción del sexo: los análisis genéticos y de ADN, aquellos que además iban a ser la panacea para todos los problemas que involucrasen a un esqueleto, tanto a nivel arqueológico como forense. Sin embargo, no se deben confundir los avances tecnológicos con las innovaciones conceptuales, ya que nuevas maneras de hacer no implican nuevas maneras de pensar. Este tipo de estudios puede re-esencializar el género en vez de presentarlo como un proceso performativo (GELLER, 2017). Algo que ocurre bastante a menudo, ya que se tiende a mezclar y fusionar lo que es el sexo y lo que es género, tanto por efecto del *bodyscape* biomédico aplicado al análisis de restos óseos, como por el efecto de la matriz heterosexual de la sociedad occidental heteronormativa estudiada por Butler. Gauntlett (2002) resume este modelo como un diagrama según el cual solemos pensar el sexo y el género culturalmente: así una persona nace con un sexo fijado (hombre o mujer), sobre el que se construirá un género estable (masculino o femenino) que determinará sus deseos e identidad sexual (heterosexual u homosexual). De este modo se siguen

naturalizando comportamientos complejos que son el resultado de diferentes dinámicas sociales.

Y es que parece que somos incapaces de escapar de este perpetuo movimiento, hacia delante y hacia atrás, entre la culturización de la naturaleza y la naturalización de la cultura (SAHLINS, 1976; traducción propia). Derrida iba un paso más allá negando la existencia de la naturaleza, solo los efectos de la misma: naturalización y desnaturalización. Esto nos lleva de vuelta a cómo construimos el sexo según Laqueur (1990) y al concepto de destemporalización de Geller (2009).

A lo largo del artículo, especialmente en el tercer punto, se ha hablado del modelo de sexo único, aquel donde la mujer era la forma inmadura del hombre, y que estuvo presente desde los periodos clásicos hasta la Ilustración. Fue entonces cuando se construye el modelo dicotómico de la diferencia sexual con ambos sexos como complementarios, con dichas ideas reforzadas gracias a los múltiples tratados e ilustraciones anatómicas y que, sin embargo, eran parte de un proyecto político y social mayor, justificando diferentes tipos de opresiones.

Los avances en biotecnología durante los siglos XX y XXI han logrado aplicar estas nuevas técnicas al estudio de los grupos humanos del pasado, permitiendo el conocimiento sobre el cuerpo humano a nivel de microescala (GELLER, 2017), como estudiar la secuencia de un gen específico. Es más, en el siglo XXI, el sexo se convierte en un asunto de genética, el sexo es genética (GELLER, 2017), y esto es una nueva manera de construir el sexo. El hecho de *sexuar* un cuerpo es performativo (BUTLER, 1990), y el uso de técnicas moleculares en esqueletos es igualmente performativo, en cuanto que como actos discursivos y técnicos clasifican a los individuos como masculino o femenino (GERE, 1999)

El análisis genético de restos humanos requiere de una profunda reflexión ya que no se debe asumir el significado sociocultural de las evidencias genotípicas (y fenotípicas) en un grupo del pasado (GELLER, 2017). Hacerlo refuerza la culturización de la naturaleza, produciendo identi-

dades de género dicotómicas, universales y determinísticas, volviendo al individuo la suma de sus cromosomas, en un proceso conocido como genetización (GELLER, 2017).

Abby Lippman (1991) define la genetización como “un proceso por el cual las diferencias entre individuos son reducidas a sus códigos en el ADN, con la mayoría de los desórdenes, los comportamientos, y las variaciones fisiológicas definidas, al menos en parte, con un origen genético” (traducción propia). La misma autora en trabajos posteriores ya advierte de los peligros de este proceso, debido a las políticas eugenésicas que potencialmente se podrían llevar a cabo y el pensamiento determinista, por los cuales el valor social de ciertos grupos se calcularía según su información biológica, aumentando el riesgo de exclusión y discriminación contra distintas alteridades, a la vez que se normalizarían otras identidades (LIPPMAN, 1994; 1998; 2000). No es necesario apuntar qué identidades se beneficiarían de esto (las de siempre). Estas nuevas técnicas son muy complejas, progresivas y nuevas, y bastante seductoras para los investigadores, y como consecuencia se pueden estar obviando sus límites (LIPPMAN, 1994).

En la disciplina arqueológica, las consecuencias de esta genetización del sexo y del género son dobles: ideológicas y logísticas (GELLER, 2017). Ser XX se relaciona con aspectos más biológicos como pueden ser las capacidades reproductivas femeninas y su genitalidad, pero también con otros aspectos sociales entre los que se encuentra la maternidad, la crianza de la descendencia, la personalidad del individuo, las responsabilidades domésticas, las limitaciones físicas e incluso la identidad sexual (GELLER, 2017). Además de que muchos profesionales, tanto de la medicina como de la arqueología, no se plantean ir más allá del modelo dicotómico, bien sea por considerarlo suficiente para explicar la variabilidad observada, o bien para no complicar sus propios análisis (GELLER, 2017). Y esto pasa de manera inadvertida entre quienes nos dedicamos a esta disciplina.

El análisis genético aplicado a restos infantiles y adolescentes supuso un gran avance a la hora

de estudiar estos restos, en los cuales los métodos tradicionales o no son útiles o bien hay que tomarlos con mucha cautela (WHITE y FOLKENS, 2005). Muchos especialistas que utilizan estas técnicas son conscientes de la diferencia entre el sexo y el género y rápidamente son capaces de distinguir entre ambos (LEWIS, 2007). Otros, sin embargo, sobre todo aplicado al caso de restos infantiles, consideran que estimar el sexo es suficiente, sin tener en cuenta que los individuos infantiles también tienen género (GELLER, 2017), y son sometidos a procesos de sociabilización y de género desde muy temprana edad. Además, cuando hay discordancias entre los datos genéticos y arqueológicos (como ejemplo ver VAÑHAROVÁ y DROZDOVÁ, 2008), estos son catalogados como excepciones en vez de impulsar cuestionamientos más profundos acerca de la organización del sexo y el género en dichos grupos, dando mayor peso al determinismo biológico que a los procesos de socialización y formación de las identidades (GELLER, 2017). Además, como analistas, habría que prestar atención a las diferentes intersecciones de la identidad que aparezcan en los grupos humanos del pasado, como puede ser entre género y edad, al igual que a las diferencias entre las categorizaciones *etic* (punto de vista del observador) y las reconstrucciones *emic* (GELLER, 2017).

Pero la genetización también ha llegado al contexto racial como una nueva y mejorada forma de establecer la ascendencia de un grupo. Donde antes se aplicaban las leyes cuánticas de sangre, desarrolladas por los americanos europeos y definidas como el porcentaje de antepasados de sangre pura nativa tiene un individuo, con el fin de justificar la filiación a un grupo (TALLBEAR, 2003), ahora se aplican los test de ascendencia. Estos análisis son llevados a cabo por diferentes empresas, incluso a nivel lúdico, a las que realizar estos análisis les aportan gran cantidad de dinero, además de poder vender los datos genéticos a otras compañías, como aseguradoras. Esta genética no es solo recreacional, sino que es donde la corporalidad y la esencia se encuentran con lo empresarial (COMAROFF y COMAROFF, 2009). Otro riesgo es la mercantilización de estos servicios que simplifica en gran manera la complejidad

de la genética de poblaciones, y puede llevar a los consumidores de estos test a creer que los resultados que se les presentan realmente reflejan identidades étnicas, raciales, nacionales o religiosas (TALLBEAR, 2003; COMAROFF y COMAROFF, 2009), sirviendo después como base para procesos de declaración de afiliación a diversas comunidades. Sin embargo, algunos marcadores genéticos también pueden servir para verificar linajes y continuaciones culturales, empoderando a aquellos grupos históricamente oprimidos y silenciados, y participando en los debates de repatriación de restos humanos (TALLBEAR, 2003). Finalmente habría que mencionar la posibilidad de que estos análisis puedan ser una forma más sofisticada de eugenesia, dado el origen racista de nuestra disciplina. De cualquier modo, los análisis genéticos deben someterse a deliberaciones filosóficas más profundas que las realizadas hasta el momento, sin caer en perspectivas o posiciones neoluditas de oposición a la tecnología.

Otro aspecto que pensar (pero que se escapa también al actual trabajo) sobre la genetización es la relación entre el ADN y las identidades sexuales. Ya no es solamente volver a las moscas de la fruta homosexuales y después heterosexuales (MARCILLAC *et al.*, 2005; GROSJEAN *et al.*, 2008). Es la búsqueda del “gen gay”, si el homosexual nace o se hace, o incluso el querer saber si existe un cerebro “masculino” o “femenino” y su importancia diagnóstica en las infancias trans. Aquí de hecho no se tienen en cuenta tampoco las categorías ni conformaciones sociales de los grupos del pasado, siendo otro claro ejemplo de destemporalización (GELLER, 2005; HIGUERO, 2015), ya que entre un homosexual y un sodomita hay distancia cultural histórica y epistémica (HIGUERO, 2015), y eso cuando no estamos estudiando culturas y sociedades no europeas, con sus propias categorías, las cuales solamente podemos traducir a nuestro pensamiento.

En este aspecto, toca recordar al filósofo *cuir* Paco Vidarte (2007), quien ya comentó que estas identidades, disidentes de género y de sexualidad, siempre han estado presentes, siguen presentes, y seguirán presentes, porque en no conocer su génesis reside gran parte de su fuerza.

6. Reflexiones y consideraciones finales

En este apartado se van a tratar dos puntos principalmente: la imposibilidad del esqueleto como la irreductibilidad epistemológica de nuestra disciplina y la potencia que esto implica, y la conversación mantenida con Pamela Geller (citada en el presente trabajo) sobre para qué estudiamos el pasado.

En la Introducción del trabajo, presenté el cuerpo como la irreductibilidad epistemológica de la disciplina bioarqueológica, ya que es la base material sobre la cual se realizan estudios acerca del sexo, edad, patologías, demografía de las personas y sociedades del pasado. Sin el cuerpo no pueden realizarse, no habría disciplina. Y sin embargo, esto no es del todo verdad, ya que como se ha observado a lo largo del texto, el esqueleto y la estimación del sexo del mismo han ido variando histórica y culturalmente, desde el modelo único griego, al modelo dicotómico ilustrado, hasta la genetización de las identidades en los últimos años, pasando por el activismo intersex. El cuerpo no es solamente un ente biológico, el cuerpo es discursivo, tiene dimensión social, es objeto y creador de tensiones, y ahí radica precisamente su potencia, algo que ya auguraba Foucault con aquello de que el alma era la prisión del cuerpo.

Existen numerosos ejemplos de otros grupos humanos en sus propias culturas, en el pasado y en el presente, que han organizado la corporalidad y lo que consideramos como el sexo de diferentes formas y con distintas categorías, demostrando que la concepción dicotómica del sexo es algo occidental y contemporáneo, y así deconstruible (algunos ejemplos en HIGUERO, 2015). Pero también es crucial no romantizar, fetichizar ni colonizar identidades socio-sexuales del pasado, además de tener en cuenta de que esto ha ocurrido también en Europa.

Quienes nos dedicamos al estudio de los restos óseos humanos tenemos un largo camino por delante, no solo planteando estas cuestiones de manera marginal (que es lo que supone este artículo), sino llevándolas a los grandes foros científicos, en los cuales sabemos que se encontrará una

fuerte resistencia. Personalmente, y lo he discutido con colegas de la disciplina, considero que la Ciencia por su propia dinámica se está quedando vacía de discurso y lo único que hace es publicar datos, estadísticas, resultados... sin articularlos dentro de una narrativa mayor. Posteriormente, tendremos que pensar y discutir acerca de cómo se van a integrar estas cuestiones en nuestros estudios y qué repercusiones tendrán para nuestra disciplina. Y es que, como decía Sahlins (1976), no podemos escapar del ciclo continuo entre la naturaleza (el cuerpo) y la cultura (el discurso). Estamos en un callejón epistemológico sin salida. ¿O sí que existe esta salida?

Entiendo que quienes lean este trabajo se pregunten entonces qué es lo que propongo a la hora de estudiar restos humanos, qué estudios podrían hacerse y cómo. Lo cierto es que no tengo hoy en día una respuesta. Me parece complicado lanzar una propuesta cuando aún, como colectivo, no nos estamos responsabilizando de los sesgos que existen en nuestra disciplina ni de la historia en la que se han desarrollado las metodologías que usamos, y continuamos parapetándonos en la *naturaleza* del cuerpo para bloquear cualquier cambio que afecte a nuestro discurso. También, como se habrá podido notar, el desarrollo de todas las ideas que lanzo en el artículo proceden de la aplicación de la teoría cuir al ámbito arqueológico. Esta teoría es deconstructiva, no es explicativa. La teoría cuir no pretende, como la teoría marxista o la teoría de la relatividad, explicar el mundo, sino deconstruir las categorías que existen en él.

La teoría cuir tampoco está exenta de problemas, como el eurocentrismo, y sin embargo a lo largo del artículo la he usado, junto con otras fuentes académicas estadounidenses y europeas para discutir el eurocentrismo arqueológico y como afecta a la práctica de la disciplina. Soy consciente, como dijo Audre Lorde en una conferencia de 1979, que “las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo”, que son justamente las que yo uso, porque son las que epistémicamente me pertenecen. En ningún caso pretendía realizar ningún tipo de extractivismo epistémico con el trabajo que otras personas y

colectivos oprimidos han desarrollado y continúan desarrollando.

La segunda cuestión trata sobre para qué estudiamos el pasado, lo cual es tan importante que va más allá de las opciones profesionales individuales y las fantasías alrededor del “arqueólogo”. En su artículo de 2019, Geller trata este aspecto de vital importancia para nuestra disciplina, además del asunto de la destemporalización y del presentismo en nuestros trabajos. Mientras que ambos conceptos tratan la temporalidad y tienen efectos muy similares, el proceso es distinto. Para el primero no es que las identidades y condiciones presentes y pasadas sean relacionales, sino que el tiempo es más bien inmaterial, lo que permite moverse del presente al pasado (y vuelta después) sin tener en cuenta las diferencias corporales que poseen un significado concreto en un grupo del pasado, naturalizando así el comportamiento humano. Por otro lado, el presentismo es cuando aplicamos nuestros conceptos actuales sobre los sistemas de sexo/género, categorizaciones raciales, aspectos de la vida socio-sexual... a otros contextos culturales y/o periodos históricos, aun sabiendo que son términos contemporáneos. Básicamente escribir el pasado en términos del presente, que diría Foucault. Un ejemplo sería la heteronormatividad que en muchas ocasiones estructura nuestros estudios.

Ir un paso más allá sería presentar el *enlightened presentism* (STOCKING, 1965), donde no estoy muy seguro de si ese “*enlightened*” debería traducirse como “ilustrado”, ya que a lo largo del trabajo se han podido comprobar los grandes fallos de la Ilustración como modelo emancipatorio y de igualdad “entre los seres humanos” que proponían. Esta posición nos invita a estudiar el pasado en sus propios términos, pero no necesariamente por el placer de hacerlo (“*understanding the past on its own terms, thought not necessarily for its own sake*” en el original. Traducción propia, cualquier comentario acerca de la traducción de ese “*for its own sake*” es muy bienvenido).

Toda la disciplina arqueológica necesita justificar de una mayor manera por qué se investiga, no solamente por conocer el pasado en cuanto

“tiempo anterior” u “originario”. Estamos en un momento con tanta presión social y política, problemas epidemiológicos, ambientales y económicos... que esta justificación de “conocer el pasado” es realmente un lujo que no sé si podemos permitirnos. Nuestros estudios deben esforzarse por estudiar el pasado en sus propios términos y aprender sobre la diversidad de formas de ser humanos, de manera que podamos debilitar muchas de las opresiones que siguen existiendo hoy en día, como el racismo, el sexismo o la lgtbifobia.

Muchas personas criticarán esto último (o toda la reflexión, o todo el artículo) como muy político, añadiendo que por qué mezclar Política y Arqueología, y por política no me estoy refiriendo a apoyar a uno u otro partido político, sino más bien si se reconocen (y cómo) otras formas de existencia y resistencia. Considero que a lo largo de este trabajo, y con las fuentes que cito, queda demostrado que esta intersección no es algo nuevo y que lleva siglos ahí, porque ninguna postura ni perspectiva, menos aún aquellas en posiciones hegemónicas de poder, están libres de ideología ni política. Incluido el deseado y añorado objetivismo.

Tu praxis arqueológica es más política que tu voto.

Bibliografía

- AHMED, S. (2002): “Racialized Bodies”. En EVANS, M y LEE, E. (Eds.), *Real Bodies: A sociological introduction*. Palgrave. New York: 46-36.
- APPADURAI, A. (1990): “Disjuncture and Difference in the Global Culture Economy”. *Public Culture* 2: 1–24.
- BLACKMORE, C. (2011): “How to queer the past without sex: queer theory, feminisms and the archaeology of identity”. *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress* 7: 75–96.
- BUIKSTRA, J y UBERLAKER, D (1994): *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey (Research Series, 44). Fayetteville.
- BUTLER, J. (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge. New York.
- BUTLER, J. (1993): *Bodies that matter: On the Discursive Limits of “Sex”*. Routledge. New York.
- BUTLER, J. (2004): *Undoing Gender*. Routledge. New York.
- CADDEN, J. (1993): *Meanings of Sex Difference in the Middle Ages: Medicine, Science, and Culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CAMPBELL, G. (2003): *The Oxford Dictionary of the Renaissance*. Oxford University Press. Oxford.
- CLASEEN, C. (1992): “Exploring Gender through Archaeology. Selected Papers from the 1991 Boone Conference”. *Monographs in World Archaeology*, 11. Prehistoric Press. Madison, WI.
- COMAROFF, J. L. y COMAROFF, J. (2009): *Ethnicity*. University of Chicago Press. Chicago, IL.
- CONTE, F. A. y GRUMBACH, M. A. (1989): “Pathogenesis, classification, diagnosis, and treatment of anomalies of sex”. *Endocrinology* 3: 1810–1847.
- DAMÁSIO, A. (2011): *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Destino. Barcelona.
- DE BEAUVOIR, S. (1949) : El segundo sexo. Cátedra.

- DE GOUGES, O. (1986) [1791]: *Déclaration des Droits de la Femme et de la Citoyenne, apud Oeuvres. Présentées par Benoîte Groult*. Mercure de France. Paris.
- DREGGER, A. D. (1998): *Hermaphrodites and the medical invention of sex*. Harvard University Press. Cambridge.
- FAUSTO-STERLING, A. (2000): *Sexing the Body: Gender Politics and the Construction of Sexuality*. Basic Books. New York.
- FEDERICI, S. (2004): *Caliban and the Witch. Women, The Body and Primitive Accumulation*. Autonomedia. New York.
- GARCÍA-BARO, M. y ECHEGOYEN, J. (2000): *Menón o sobre la virtud: Platón*. Mare Nosttrum Comunicación. Madrid.
- GAUNTLETT, D. (2002) *Media, Gender and Identity*. Routledge
- GELLER, P. (2005): "Skeletal analysis and theoretical complications". *World Archaeology*, 37: 597–609.
- GELLER, P. (2008): "Conceiving sex: Fomenting a feminist bioarchaeology". *Journal of Social Archaeology*, 8: 113–138.
- GELLER, P. (2009): "Bodyscapes, Biology, and Heteronormativity". *American Anthropologist*, 111: 504 – 516.
- GELLER, P. (2017): "Brave Old World: Ancient DNA Testing and Sex Determination". En AGARWAL, S. y WESP, J. (Eds.), *Exploring Sex and Gender in Bioarchaeology*. University of Nuevo Mexico Press. Albuquerque: 71-98.
- GELLER, P. (2019): "The Fallacy of the Transgender Skeleton". En BUIKSTRA, J. E. (Ed.), *Bioarchaeologists Speak Out, Bioarchaeology and Social Theory*. Springer Nature Switzerland. Cham: 231-242.
- GERE, C. (1999): "Bones that matter: Sex determination in paleodemography, 1948–1995". *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 30: 455–471.
- GOULD, S. J. (1981): *The Mismeasure of Man*. W.W. Norton & Company. New York.
- GROSJEAN, Y.; GRILLET, M.; AUGUSTIN, H.; FERVEUR, J. y FEATHERSTONE, D. (2008): "A glial aminoacid transporter controls synapse strength and courtship in *Drosophila*". *Nature Neuroscience*, 11: 54–61.
- HERNANDO, A. (1999): "Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos". *Trabajos de Prehistoria*, 56: 19–35.
- HIGUERO, A. (2015): "Sesgos de género en la interpretación de los restos óseos humanos". *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 2: 49–55.
- HORROCKS, C. y JEVTIC, Z. (2009): *Introducing Foucault: A graphic guide*. Icon Books. London: 158 – 161.
- HUGHES, I. A. y DEEB, A. (2006): "Androgen resistance". *Best Practice and Research: Clinical Endocrinology & Metabolism*, 20: 577–598.
- KELLY, E. B. (2013): *Encyclopedia of human genetics and disease*. Greenwood. Santa Barbara.
- LAQUEUR, T. (1990): *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Harvard University Press. Cambridge.
- LEWIS, M. E. (2007): *The bioarchaeology of children: Perspectives from biological and forensic anthropology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- LIPPMAN, A. (1991): "Prenatal genetic testing and screening: Constructing needs and reinforcing inequalities". *American Journal of Law and Medicine*, 17: 15–50.
- LIPPMAN, A. (1994): "The genetic construction of prenatal testing: Choice, consent or conformity for women?". En ROTHENBERG, K. y THOMSON, E. (Eds.), *Women and prenatal testing: Facing the challenges of genetic technology*. Ohio State University Press. Columbus: 9-34.
- LIPPMAN, A. (1998): "The politics of health: Geneticization versus health promotion". En SHERWIN, S. (Ed.), *The politics of women's health: Exploring agency and autonomy*. Temple University Press. Philadelphia, PA: 64-303.
- LIPPMAN, A. (2000): "Geneticization and the Canadian biotechnology strategy: The marketing of women's health". En MILLER, F.; WEIR, L.; MYKITIUK, R.; LEE, P.; SHERWIN, S. y TUDIVER, S. (Eds.), *The gender of genetic futures: The Canadian biotechnology*

- strategy, women and health. York University Press. Toronto: 32-40.
- LUTZ, C. y COLLINS, J. (1993): *Reading National Geographic*. University of Chicago Press. Chicago.
- MARCILLAC, F.; GROSJEAN, Y. y FERVEUR, J. (2005): "A single mutation alters production and discrimination of drosophila sex pheromones". *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences*, 272: 303–309.
- MARTIN, E. (2001): *The Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*. Beacon. Boston.
- MAUSS, M. (1991) [1935]: Sobre una categoría del espíritu humano: la noción de persona y la noción del "yo". *Sociología y Antropología*. Tecnos. Madrid: 307 – 333.
- MIRZOEFF, N. (1995): *Bodyscape: Art, Modernity and the Ideal Figure*. Routledge. New York.
- MITCHELL, L. M. y GEORGES, E. (1997): "Cross-Cultural Cyborgs: Greek and Canadian Women's Discourses on Fetal Ultrasound". *Feminist Studies*, 23: 373–401.
- MOIIN, A. (2020): *Atlas of Black Skin*. Springer International Publishing. Cham.
- MONEY, J. (1986): *Lovemaps: Clinical Concepts of Sexual/Erotic Health and Pathology, Paraphilia, and Gender Transposition in Childhood, Adolescence, and Maturity*. New York: Irvington.
- MOORE, H. L. (1988): *Feminism and Anthropology*. Polity Press. Cambridge.
- MORAGÓN MARTÍNEZ, L. (2008): "Aproximación teórica a una Arqueología del Cuerpo". *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. Dialogando con la cultura material*. Cersa. Madrid: vol. 2: 473–478.
- MORGEN, S. (1989): *Gender and Anthropology: Critical Reviews for Research and Teaching*. American Anthropological Association. Washington, DC.
- NEAD, L. (1998): *The Female Nude: Art, Obscenity and Sexuality*. Routledge. New York.
- ODOM, S. L. (2009): *Handbook of Developmental disabilities*. Guilford. New York.
- SAHLINS, M. D. (1976): *The use and abuse of biology: An anthropological critique of socio-biology*. University of Michigan Press. Ann Harbor.
- SCHIEBINGER, L. (1987): "Skeletons in the Closet: The First illustrations of the Female Skeleton in Eighteenth-Century Anatomy". En GALLAGHER, C. y LAQUEUR, T. (Eds.), *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth Century*. University of California Press. Berkeley: 44-82.
- STOCKING, G. W. Jr. (1965): "On the limits of "presentism" and "historicism" in the historiography of the behavioral sciences". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 1: 211–218.
- TALLBEAR, K. (2003): "DNA, blood, and racializing the tribe". *Wicazo Sa Review*, 18: 81–107.
- VAÑHAROVÁ, M. y DROZDOVÁ, E. (2008): "Sex determination of skeletal remains of 4000 year old children and juveniles from Hoštice 1 za Hanou (Czech Republic) by ancient DNA analysis". *Anthropology Review*, 71: 63–70.
- VIDARTE, P. (2007): *Ética Marica*. Egales. Madrid.
- WEIL, E. (2006): "What if it's (Sort of) a Boy and (Sort of) a Girl?". *The New York Times Magazine*, 24 de septiembre.
- WHITE, T. y FOLKENS, P. (2005): *The Human Bone Manual*. Elsevier Academic Press. New York.